

EL VIVIENTE

Silviano Martínez Campos

Vivimos tiempos “apocalípticos” en su sentido tremendo, qué duda cabe. Pero el apocalipsis como revelación de tiempos nuevos bien puede situarse en La Piedad, donde se venera la imagen del Cristo en su misericordia, o situarse en cualquier otro lugar.

Lo mismo da, aquí que allá, porque aquí, allá, ahora, Jesucristo, El que Nos Ama, el Soberano, levanta realmente al hombre hacia un período superior de madurez, en medio de la gran convulsión purificadora y a través de ella.

Cristo sufriente, Cristo viviente. Sufriente en su pueblo, viviente en su pueblo, nos dicen los maestros. Sufriente no sólo en el apesadumbrado por enfermedad o miseria física, siquica o moral, o todas a la vez sino el agobiado por el peso del mundo viejo que muere para engendrar uno nuevo.

Y el mundo, incluido el suelo que pisamos, pesa en estos días de fin de milenio con sus desastres naturales o industriales al por mayor, convulsiones sociales y políticas transfronterizas, desorientación de base, violencia multiforme, injusticia marcada por la bestia del mal, sin remedio aparente.

Muere el socialismo “real”, muere el capitalismo “real”: perecen los mitos del progreso y la ciencia como visión única y exclusiva de la historia; han caducado o están aturridos los sistemas exclusivos y excluyentes de pensamiento; las sociedades cerradas se transforman, se agita la naturaleza (y nosotros con ella), es el balance cotidiano en los registros impresos y audiovisuales.

Esto parecería dar la razón a los “apocalípticos”, según los cuales se cumplen las profecías de todas las tradiciones, está muriendo el mundo y, por lo tanto, nada nos queda si no es nuestra incertidumbre y nuestra debilidad. Se acabaron las agarraderas, estamos en plena tiniebla, en plena noche oscura colectiva del hombre.

Más aún, dicen, lo que ocurre al fin de milenio es lo anunciado. Que tenía razón Nostradamus, que tenía razón San Malaquías, que es el fin de la era de Piscis y entramos a la de Acuario. Hecatombe cultural, conflagración, no quedan seguridades, el acabóse.

Pero el cristiano, no olvida el Viernes Santo y recuerda el grito de ¡Dios mío, Dios mío, por qué me has abandonado! Dicen nuestros pensadores que ese sentimiento de abandono sucedió una vez para que en adelante ningún ser humano se sintiera abandonado.

Efectivamente, no estamos abandonados. El Dios que sufrió, sufre ahora en nosotros atrapados en el miedo que cambia la primogenitura por el plato de lentejas de los ídolos de la época, porque tal vez haya habido infidelidad al Espíritu.

Ídolos de poder expresados en conquistas, colonizaciones, guerras, dominaciones de pueblos débiles; ídolos de tener y absolutizamos sistemas de posesión en lo grande y en lo pequeño; ídolos de saber y dogmatizamos ciencia, ideologías y técnicas; ídolos consumistas como única finalidad en la vida, en lo grande y en lo pequeño y de paso depredamos la naturaleza. Nos endiosamos.

Fue cuando vino un juicio universal, una gran crisis, una gran tribulación. La Tierrita no aguanta y protesta de tal suerte que hasta nos está cambiando el clima; los pueblos, muchos pueblos, se rebelan contra las tiranías en revoluciones “de terciopelo”. Los enigmas del Universo se revelan y su descubrimiento nos inquieta puesto que ante

su grandeza y complejidad reiteramos la vieja pregunta de quiénes somos en este océano de estrellas y galaxias, de enigmas y sorpresas y se nos mueve el tapete.

La pasión de Jesús sigue repitiéndose en nosotros, esta gran crisis que es tambaleo y bailoteo de todos. Pero El Que Nos Ama le reveló a Juan, el vidente, que al final hay una nueva Tierra, una nueva Jerusalén, la plenitud ofrecida a todos.

ANIMO, YO SOY

No temas muchacho, nos dice, Yo soy la luz del mundo, quien me sigue no anda en tinieblas (ideológicas, ni se enreda en sus ídolos); Yo soy el camino, la verdad y la vida (que da plenitud por sobre los sistemas); Yo soy la resurrección y la vida (la definitiva que comienza aquí); mi yugo es suave y mi carga ligera (más que tus reglamentos); quien cree en mí aunque muera vivirá (sólo existe la muerte biológica); ánimo, Yo he vencido al mundo (todos los poderes “apocalípticos”); Yo soy el árbol, ustedes las ramitas; mi Padre y Yo somos una misma cosa (y si ustedes permanecen unidos a mi, ya saben); el Espíritu les abrirá las entendederas.

Todos estos dichos en primera persona, palabras más palabras menos, atribuidos a Jesús por los escritores del Nuevo Testamento. Con alguna expresión actual más o menos acomodada, si se permite.

La política, la economía, la ciencia, la técnica, el conocimiento, las relaciones humanas, son responsabilidad nuestra, pero qué tal si nos abriéramos al espíritu de verdad, de justicia, verdadera fraternidad, en palabras y en hechos y buscamos, a males generales soluciones generales “Mientras más oscura es la noche, más cerca está el amanecer” y puede haber pasado ya lo más intenso del terremoto y tal vez estemos sólo en las réplicas secundarias.

Tal vez comience de manera nueva una reordenación mundial. Pero cualquier lugar es bueno, en lo grande y en lo pequeño, para contribuir a desenredar la madeja desde nuestra familia, pequeña o grande comunidad, región o país. Y aunque esto suene a prédica, es una necesidad social ya aceptada por amplios círculos.

HIMNO

En este Universo enorme que hemos descubierto –y mientras aclaramos si fue en “big bang” su comienzo--, el Viviente, el principio y el fin, el que era, es y el que viene, el soberano, el cristo cósmico de Pablo (y de Teilhard de Chardin), es nuestro aliado.

Ni siquiera podría afectarnos que hubiera por allí extraterrestres. Por el contrario, sería de extrañar que en una casa tangrande, con cimientos de galaxias y nebulosas, techos de estrellas y “quasares”, sólo hubiese un habitante, el homo sapiens. A lo mejor hasta se nos aparecen por aquí, a la vuelta del siglo, o antes o después, para decirnos que hay solidaridad cósmica también, porque somos hijos de un mismo Padre.

Porque de todas maneras nosotros formamos parte de esa inmensidad insondable, siempre en expansión, sobre la cual percibimos a través de nuestros aparatos solamente la dimensión objetiva, mensurable en ondas y años luz.

El Cristo cósmico, la Palabra hecha hombre el que murió y ahora vive, traspasa todas las dimensiones y lleva tras sí a sus hermanos.

Es el primero entre muchos, el triunfador sobre los falsos triunfadores de la Tierra. El triunfador sobre los poderes dictatoriales, sobre los poderes del dinero, la violencia fratricida, el delito impune, la injusticia opresora del débil y del pobre, de la mentira como práctica social. El triunfador sobre el miedo y el sinsentido, sobre los poderes de la tiniebla, de la muerte, el que tiene las llaves de lo de abajo y de lo de arriba.

Bienaventurado el que no se raje y lo siga, porque El le dará y le conservará la Esperanza, la Fe y la Caridad, dones supremos que hacen de los hombres dioses

vivientes verdaderos, por sobre los escombros regados por los falsos dioses de la ambición de poder y de riquezas que han destruido la Tierra.

Les dará la facultad de construir y poseer una nueva Tierra, desde aquí, y la ciudadanía en la Nueva Jerusalén. Porque al que triunfe se le dará El mismo y lo hará otro Cristo, porque El es el Don, el árbol de la vida, el maná sabroso, el nombre nuevo, el nuevo hombre, el hombre perfecto, el testigo fiel, el lucero de la mañana, el que nos ama, el Emmanuel, Dios con nosotros, el Viviente por siempre.